

Editorial Morea, Hilario Martínez: In memoriam

Antonio ARANA SOTO

Desde la revista TK me plantean escribir sobre la Editorial Morea, por la relación que en su momento tuve con Hilario Martínez. Cuando intento ordenar los datos de mi memoria, me doy cuenta de que apenas sé nada, salvo quizá un enfoque general de la estudiada forma, la tipología, el papel de cada libro o esa dedicación de Hilario, junto con Ángel Urrutia, al servicio de la palabra y a la empresa de editar poesía.

Lo que ha quedado en mí es un recuerdo. Que este recuerdo pertenezca al ámbito de la realidad, hemos visto tan claras cosas que no son verdad, ya es otra historia.

Conocí a Hilario Martínez casualmente, en una reunión de poetas en el Club Viana, junto a la antigua muralla de Pamplona, se intentaba colocar los primeros ladrillos del Ateneo, gestionar la aparición de la revista *Río Arga*. Lo que me sorprendió fue la mayoría de edad de los poetas y el que estuvieran gestionando "la editorial Morea".

Yo había escrito varios poemas que me hizo leer. Me animó a seguir y me abrió su casa, su biblioteca, su enseñanza. Lo visité en muchísimas ocasiones, tanto en las horas previstas como imprevistas y siempre fui bien acogido. Si tuviera que definirlo, lo haría como mi mentor. Me descubrió tres cosas esenciales: la literatura española, la música y la mística, no necesariamente en este orden. Yo le presenté a otros compañeros de viaje (Ferrero, Hernández Larrea, Huici...), que crecíamos a la nutricia sombra de Sánchez Ostiz y sobre todo de Ramón Irigoyen.

En el aspecto de literatura, nuestro deslumbramiento por los poetas chinos, John Donne, Whitman, *Los cantos de Maldoror* y la Generación Beat, era total. Ramón nos comentaba cómo Pamplona era la ciudad que más poetas chinos tenía del mundo. Hilario nos fue trayendo a Europa con la mano de Rilke sobre todo; y con San Juan de la Cruz, Guillén, Salinas, el resto de la Generación del 27, el 98, Valverde y San Juan de la Cruz otra vez; hacia una literatura en lengua castellana que teníamos un tanto olvidada. (Realmente no nos interesaba ningún poeta en lengua castellana; ni siquiera los mexicanos).

El seguir poetas en otras lenguas, nos permitía escribir desde una mayor libertad. Aún recuerdo cruzando el Paseo de Valencia a Jesús Ferrero enfrente con un libro en la mano gritando a voz en cuello: ¡No rima, Antonio, no rima! ¡No rima! Era Pere Gimferrer, ardía el mar. Un bello descubrimiento.

En este caldo de cultivo, Hilario al menos aportaba una amplia visión. A la vez que su respeto por los libros bien editados, el gozo de la belleza, de la palabra enraizada en su origen, original. Para él, el vehículo, el libro, tenía que transmitir lo mismo que la palabra, tenía que ser una unidad. Forma y contenido hechos uno. De su mano recorrí este camino y de su brazo toda Pamplona de atardecida.

Como los yogas y zenes empezaban ya con sus desafueros en esta tierra y yo tenía "desde siempre" una clara inclinación por ellos, él, sabiamente, quería indicarme los caminos de la mística cristiana. Había traducido, sorprendido por la fuerza de su experiencia y expresión, a Ana María Valtorta, una mística italiana y quería aprender alemán para traducir a Rilke.

Me comentaba cómo la poesía era esencialmente un camino de conocimiento hacia nuestra unidad esencial, de conocimiento de uno mismo. No tengas prisa, me decía. Guarda lo que escribas y lo que te sobreviva a los diferentes cambios de tu vida y de tus estados de ánimo, aquello que contacte con algo que trascienda esos momentos y que siga vivo, lo que trascienda tus estaciones, eso será lo que te sirva. Aunque al final de tu vida sea un puñado de poemas. Y, con ese gesto arquetípico de sacarlos del cajón del escritorio, me leía los suyos.

Otros días nos acompañaban otras lecturas y "estudios". San Juan de la Cruz, diversas traducciones, interpretaciones de su propia Biblia, desde el punto de vista de la mística y de la palabra.

Tenía su huerto íntimo, su jardín en su propia casa. Un auténtico ermitaño en la ciudad. Luego los dioses y destinos me llevaron de *aquires para allares*, más lejos, durante más tiempo. Al principio, siempre que caía por Pamplona acudía a visitarle, luego, gajes de la vida, me fui distanciando. Me enteré tarde y mal de que había muerto. Me sentía su "heredero espiritual", me había desvelado la gracia de la palabra y la mística y visité a su hermana que me regaló el libro de Ana María Valtorta.

126

Su visión amplia y humanista de la cultura y del entendimiento de los pueblos a través de ella, y a la vez esa íntima introspección a través de la palabra, me caló hondamente, sirvan estas líneas, al hilo de la Editorial Morea que dirigió, como homenaje a su memoria.